

LA LUCHA CONTRA BANDIDOS

(Tomado de Mis recuerdos de La Güira, testimonio inédito sobre la Campaña de Alfabetización)

Adelaida Macías Saínez

Independientemente de que la época en que se desarrolló la Campaña de Alfabetización estuvo repleta de acontecimientos que se sucedían día a día, en mi opinión lo más significativo que acompañó a los que estábamos en la región central del país fue la lucha contra bandidos.

Ya es sabido que esta región concentró los principales propósitos del imperialismo de crear núcleos de desestabilización, que después de la derrota de Girón no cesaron. Es por eso que, al retirarse los batallones de milicianos que vinieron desde distintos lugares del país incluida la capital, la fuerza fundamental para batir a los bandidos se concentró en las Milicias Serranas.

En La Güira había una comandancia de estas fuerzas, que estaba dirigida por un capitán del Ejército Rebelde que físicamente se parecía mucho a Fidel. Los oficiales de las tropas eran principalmente tenientes de milicia, que procedían de diferentes lugares de la provincia (antigua Las Villas) y había en ese momento uno o dos que eran de La Habana, pero los milicianos eran jóvenes de la zona.

Una gran parte de los muchachos del barrio, incluyendo los de nuestra familia, pertenecían a la milicia. En los días en que llegamos a la zona había comenzado a hacerse una desmovilización para incorporar al trabajo de la granja a una parte de ellos y así garantizar también la producción. A los que quedaron incorporados se decía que estaban en *la móvil*, nombre que estaba muy bien puesto pues estos pobres se pasaban toda la vida rompiendo monte por aquel diente de perro.

Era por eso muy común que la mayor parte de su tiempo estuvieran “tirando cercos”, como se decía en el lenguaje popular, lo que consistía en movilizarse hacia la zona donde se habían detectado los bandidos y permanecer días y días en estas maniobras, a veces bajo torrenciales aguaceros, de donde regresaban invariablemente con la ropa toda raída, sucios y cansados, muchas veces con el desaliento de no haber podido capturarlos, ya que, como se sabe, estas bandas contaban con apoyo de algunos elementos residentes en la zona. Cuando lograban capturar alguno enseguida se corría la voz y era una gran fiesta para el barrio..

Uno de nuestros entretenimientos, cuando los muchachos regresaban del cerco, era ayudarlos a limpiar las armas, que fundamentalmente eran las *checas*, como le decíamos a las metralletas, y los *checos* que eran los fusiles; tarea en la que poníamos el máximo empeño, además de pedirles que nos dejaran aprender a manejarlos, aunque eso nos estaba prohibido. Esa tarea la hacíamos tirados en el patio, donde cada cual se “especializaba” en alguna parte del armamento y era un tiempo que pasábamos conversando, haciendo chistes, y tratando de sacarles a los muchachos sus secreticos amorosos.

En los temas diarios de conversación era habitual alguna anécdota de dónde estaban los bandidos, lo que hicieron, en qué lugar apareció un campesino

asesinado, que si Osvaldo Ramírez (jefe de bandidos) se había movido a tal o cual zona, que si su mujer alzada estaba embarazada y cuando parió estrelló al niño contra una piedra, en fin, era algo que respirábamos todos los días.

Era esa la razón por la que nuestra familia ponía tanto celo en cuidarnos, pues aunque donde estábamos no actuaba directamente la contrarrevolución –por las razones que ya he explicado antes- y contábamos con el privilegio de tener la milicia en el lugar, no era menos cierto que alguna que otra noche alguien golpeaba nuestras ventanas para asustarnos o se comentaba que si tal madrugada había bajado a casa de alguien uno que estaba alzado. También hubo invitaciones para visitar determinados lugares, a los que nuestra familia no nos dejó ir, pues se encontraban en zonas donde era más activa la presencia de los bandidos.

A veces nos asustábamos, como es natural, pero teníamos la confianza de estar bien cuidadas y, sobre todo, no se podía perder la moral, porque “rajarse” era una deshonra y eso nunca nos pasó por la mente ¡ni en sueños!

Pero la realidad de la muerte estaba siempre rondando. Recuerdo a un muchacho de nuestra zona que estando en un cerco se le escapó un tiro a un compañero y lo mató y fue un gran duelo en todo el barrio.

Pero también de los brigadistas llegaban noticias que a veces nos preocupaban y siempre nos indignaban, porque sabíamos que querían atemorizarnos, que nos fuéramos sin acabar nuestra obra. No podemos olvidar que nuestro ejército de alfabetizadores llevaba el nombre de Conrado Benítez García, joven maestro voluntario asesinado el 5 de enero de 1961, precisamente por ser negro y maestro, cuyo único delito era tratar de llevar la luz de la enseñanza a los lugares donde nadie se ocupó antes de que hubiera escuelas.

También estaba muy fresca la acción de los mercenarios de Playa Girón que habían tomado como rehenes a los jóvenes brigadistas piloto, que se encontraban en la Ciénaga de Zapata.

Nuestros enemigos soñaban con que podrían detener esa ejemplarizante obra, conscientes de que esta tendría un efecto político demoledor contra las calumnias que continuamente lanzaban contra la Revolución.

Por eso no cejaban en su empeño y era habitual que nos llegaran a menudo noticias relativas a que hubo que esconder a uno bajo un piso falso porque llegaron los bandidos a la casa, que si tuvieron que trasladar a un lugar más seguro a algunas muchachas. Incluso por el mes de octubre supimos que habían asesinado al brigadista obrero Patria o Muerte Delfín Sen Cedré y así, hasta que nos llegó un día como un mazazo la muerte de Manuel Ascunce Domenech.